

LOS

PRINCIPIOS RELIGIOSOS

CONSIDERADOS COMO FUNDAMENTO

DE LA MORAL Y DE LA SOCIEDAD.

Si ha habido en algún tiempo un designio fecundo en desastres y capaz de trastornar el mundo entero, sería ciertamente el de romper todos los lazos que unen al hombre con la Divinidad; de buscar fuera de los principios religiosos el origen de la virtud y del orden en la tierra, y de querer fundar una moral y una sociedad sin religion. ¿Hubiera podido sospecharse naturalmente que los extravíos del hombre llegasen á un extremo tan extraño? ¿Eran precisos acaso tan grandes esfuerzos de entendimiento y de razon para comprender que se necesita un freno que sujete las inclinaciones viciosas que nos inducen siempre á traspasar los límites del deber: que las leyes carecen de fuer-

za donde estan relajadas las costumbres; que estas ejercen poco imperio donde la Divinidad ha perdido el suyo, y que borrar los sentimientos religiosos del corazon de los pueblos, es desencadenar todas las pasiones y todos los vicios, é introducir en el cuerpo social el principio mas activo de disolucion y de ruina? ¿En qué consiste que estas verdades elementales hayan sido desconocidas y aun impugnadas con un sistema artificioso? Sí; falsos sabios, tan débiles filósofos como frios escritores, nos han legado *Catecismos de moral universal* en que ni aun se encuentra el nombre de Dios; y arrebatados de su delirio no han temido presentarnos la destruccion total de toda idea religiosa como el mas bello triunfo de la razon, y la fuente de la felicidad pública. ¡Oh extravío incomprendible del entendimiento humano! ¡Que de tal modo haya podido corromperse su inteligencia que le guste solo el error, y que encuentre el bien supremo en lo que precisamente constituye el supremo mal aun en la vida presente, en el ateismo! Felizmente los sistemas del error pasan, y la verdad permanece; y cierto poder invisible y secreto subyuga la malicia de los hombres, y hace que los pueblos se adhieran en cierto modo, y aun á pesar suyo á un corto nú-

mero de máximas necesarias para la felicidad y la conservacion del género humano. Con objeto de reanimar en las almas el amor á estos principios sagrados, nos proponemos presentároslos hoy como el verdadero fundamento de la moral y de la sociedad.

Yo bien sé que las pasiones y la ignorancia han desnaturalizado harto frecuentemente la religion con prácticas, ó extravagantes, ó crueles, ó infames, que es lo que se llama *supersticion*; y que tambien mas de una vez el falso celo ha hecho servir la religion de pretexto á sus furors, ha armado á los hombres contra los hombres, y mandado delitos en nombre del cielo, y esto es lo que se llama *fanatismo*: no es esto ciertamente lo que yo trato de presentaros como ventajoso á la humanidad, no. La eterna miseria del hombre está en mezclar sus errores y sus vicios con cuanto hay mas saludable y augusto, y no ménos la eterna manía de los sofistas en combatir cuanto se reconoce universalmente como mas útil, por el abuso que los hombres pueden hacer de ello: declamadores ridiculos que deberian declararse tambien contra el uso de la palabra, y desear que la especie humana fuese muda, porque muchas veces se abusa del lenguaje para esparcir el veneno de la

malelicencia ó de la calumnia. Yo os suplico que no perdais de vista que mi designio en este momento no es realzar las ventajas de la religion cristiana en particular: dia vendrá en que esto será la materia de un discurso separado: hoy trato de mirar las cosas bajo de un punto de vista mas general. Profesar públicamente ciertos dogmas fundamentales, como los de la existencia de Dios, de una providencia, de la vida futura, de la libertad del alma y de la distincion del bien y del mal, y rendir á la Divinidad homenages graves y puros que insinuan en el alma sentimientos buenos y laudables, es lo que se llama religion en general. Cuando todo es cierto en la creencia, cuando los preceptos son puros, y santo el culto, entónces la religion es verdadera, y esa es la que tenemos la dicha de profesar; mas cuando en cualquiera de sus partes hay alguna cosa reprehensible, entónces es una religion imperfecta y falsa: sin embargo, todas cuantas se han profesado en la tierra han tenido ciertos puntos comunes de creencia mas ó ménos sentidos de todos los hombres sobre Dios, sobre la providencia, la vida futura, el vicio y la virtud; y estos principios religiosos, profesados universalmente con mayor ó menor pureza, son los que yo intento establecer como la

verdadera base de la moral y de la sociedad, y lo que será el asunto de esta conferencia.

Estas reglas del bien y del mal que deben dirigir nuestros afectos, nuestros discursos y nuestra conducta; este conjunto de preceptos y deberes que debemos cumplir para ser verdaderamente hombres de bien, es lo que yo llamo la moral; y las razones que la hacen obligatoria para nosotros, y los motivos que nos inducen á practicarla y á hacer los sacrificios que exige, son sus verdaderos fundamentos. Estas razones de nuestros deberes, y estos motivos que nos mueven á practicarlos son los que yo defiendo que es preciso buscar en los principios religiosos. Poco, señores, importan al hombre las bellas sentencias, las reglas severas y sentimientos sublimes esparcidos en los libros y en los discursos. La autoridad de la moral no procede solamente de la belleza de sus preceptos, sino principalmente de la persuasión íntima de ser obligatoria, y de la fuerza de los motivos que nos inducen á su observancia. Nada mas comun que bellas máximas: se vierten en los teatros, se esparcen en las novelas, y aun se hace ostentacion de ellas en las reuniones mas frívolas y mas disolutas; pero yo os

suplico que observeis conmigo que la hermosura y la pureza de la moral es precisamente lo que nos sobresalta y nos asusta: ella no es saludable sino por el yugo que impone á nuestras inclinaciones; y ese yugo es el que las incomoda; tampoco es útil sino por ser una regla; pero toda regla es un freno, y todo freno nos mortifica. Vosotros me predicais una probidad incorruptible, una fidelidad constante á los deberes de mi estado; aquel desinterés que hace preferir la indigencia á las riquezas adquiridas injustamente, aquel valor que hace el sacrificio de la vida ántes que el de la conciencia, y me prescribis todas las virtudes sin permitirme ningun vicio; todo me parece hermoso, y todo conforme á la idea que yo me he formado del hombre de bien; pero tambien todo me parece severo, todo exige esfuerzos y sacrificios penosos, y, lo confieso, yo no me hallo con bastante filosofía para practicar tantas virtudes sin motivos. Estos motivos deben ser en mi concepto poderosos, porque tengo que vencer pasiones vivas y fuertes; deben ser universales, porque la virtud se ha hecho para todos los hombres, y deben ser permanentes, porque la virtud es de todos tiempos y de todos lugares; y motivos que reunan tales caracteres

no pueden encontrarse en algunas consideraciones puramente humanas.

¿Quereis que sobre esto haya orden en todo? ¿quereis inflamar mi valor y hacerme superior á los temores y flaquezas de la naturaleza? Mostradme un Dios legislador supremo que mande y quiera ser obedecido, y ponedme delante de los ojos una Providencia que esté siempre viendo mis pensamientos lo mismo que mis acciones, y que deba ser un dia su juez incorruptible, así como es ahora su inevitable testigo. Ved aquí un medio de reprimir los vicios, adaptable á todas las edades, á todos los paises y todos los instantes, que persigue al hombre en las tinieblas de la noche como en la claridad del dia, no ménos temible al poderoso que al débil, al rico que al pobre, al hombre público que al particular. Esta doctrina de un Dios, de una providencia, y de una vida futura con recompensas y castigos, está al alcance de todos, y mas ó ménos siempre la ha seguido el género humano. Guiado así por la religion que me eleva hasta Dios, hallo en su voluntad divina la regla suprema y la razon primera de todos los deberes: de este modo considero la conciencia como la voz misma de Dios que se deja oír en el fondo del corazon; veo en sus re-

mordimientos el preludio de la justicia celestial, y en su buen testimonio como la prenda de la recompensa futura; y si muero por mi deber, ya sé donde he de hallar el premio de mi sacrificio: por consiguiente siento que debo obedecer las inspiraciones de la conciencia; pero si desunis al hombre de su Dios, si la conciencia no es el intérprete de su voluntad divina, con esto solo debilitais extraordinariamente su imperio, y yo podria por último llegar á mirarla como una preocupacion, como producto de la educacion, y en fin como un acusador importuno á quien conviene imponer silencio. Así con los principios religiosos vivo bajo del imperio de una ley que no solo arregla la conducta exterior, sino que desciende al fondo del corazon para atacar el mal en su origen, y que por el orden que establece en los pensamientos y en los deseos, prepara el de los discursos y de las acciones. Así en fin, en una religion bien concebida la moral que debe practicarse encuentra su apoyo en los dogmas que deben creerse. El vicio de las teorías de muchos escritores modernos que se han levantado á reformadores del género humano, es haber disertado sobre la moral sin ascender al principio que la hace obligatoria, y sin darle una

sancion suficiente; pues querer una moral sin religion es querer un edificio sin cimientos, y una legislacion sin legislador.

Yo no ignoro, señores, cuánta fuerza y cuánto peso pueden dar á los preceptos morales el amor á la gloria, el honor, el interes, y lo que se llama las luces y la civilizacion. Estoy muy distante de despreciar estos diferentes apoyos de la moral; pero prescindiendo de que en nada arreglan el interior del hombre, que le dejan toda libertad en sus pensamientos y en sus deseos, y que con ellos no se tienen virtudes puras y sin mezcla, me limitaré á mostraros cuán frágiles son é insuficientes, y cuánto importa que estén ellos mismos sostenidos por consideraciones de un órden superior.

Primeramente, ¿quereis contener á los hombres en su deber por el amor de la gloria y el sentimiento del honor? Pero la virtud se ha hecho para todos, y la gloria es solo el patrimonio de un corto número; y ¿cuántas veces acciones reprobadas por la virtud han conseguido una celebridad lisonjera sin ser por eso legitima? El amor de la gloria armó á aquellos conquistadores feroces que devastaron la tierra, solo por hacer resonar en toda ella la fama de su nombre; testigo Alejandro que atormentó al

universo por ser alabado de los frívolos Atenienses. ¿Y qué puede influir el amor de la gloria para inspirar la práctica generosa de aquellos deberes oscuros de cada dia y de cada momento, que la mayor parte de los hombres estan obligados á cumplir á solas y léjos de la vista del público? Por mas que suenen á un tiempo todas las trompetas de la fama, jamas celebrará una sola las virtudes ignoradas.

Hablais tambien del honor; pero ese sentimiento solo despliega su energía en las almas mas elevadas, y en algunas brillantes circunstancias: todos los hombres no son un Bayard ó un Crillon, ni se hallan colocados en un gran teatro, al frente de los negocios públicos, ó en un campo de batalla; ademas, es preciso decirlo, por vergonzoso que sea á la especie humana, las mas veces el resultado lo justifica todo á sus ojos, de modo que el deshonor solo depende de la torpeza y del infortunio; ¿y quereis que el malvado tema el juicio de la posteridad? ¡Qué quimera! Aquí principalmente es donde se descubre la nada de la falsa sabiduría. Estando casi la totalidad del género humano condenada á un perpetuo olvido, ¿qué puede importarle el terrible tribunal de la posteridad, ante el cual nunca ha de

comparecer? Yo lo confesaré sin inconveniente. Cuando un hombre está animado de sentimientos religiosos y penetrado de la sublime idea de la inmortalidad de su alma, puede ciertamente afectarle y conmoverle cierta confusa esperanza de disfrutar de su reputacion en la posteridad; pero si le suponemos imbuido en la idea de que todo perece con el cuerpo, ¿creeis que pueda causarle impresion el juicio de un porvenir que en último resultado debe reducirse para él á la nada? ¿Qué le importa la censura de los siglos futuros, si sabe que es un vano ruido que no ha de turbar sus cenizas en el fondo de su sepulcro? Yo convengo en que la virtud debería naturalmente conducir en la vida presente á la consideracion y al aprecio, y proporcionar de este modo ventajas temporales que fuesen para ella un poderoso estímulo; pero es tal la inconstancia de los hombres, y se mezcla tanta injusticia y capricho en sus favores, que muy frecuentemente usurpa el vicio los honores debidos á la virtud, y esta sufre la ignominia que debería recaer solamente sobre el vicio. ¡Ah, cuán digna de lástima sería la virtud si no tuviese mas apoyo que la arena movediza de las opiniones humanas! Además, cuando un grande interes arrastra al hombre

á una prevaricacion que ha de permanecer oculta, se sustrae de la censura, y continua disfrutando de la estimacion de sus semejantes. Os diré, señores, y manifestaré mi pensamiento todo entero, para instruccion de los que, jóvenes aún, tienen tan solo un leve conocimiento de los hombres y de las cosas. En todo lo concerniente á los deberes ordinarios de la vida civil, á la fidelidad en los contratos, y á los medios de enriquecerse ó de evitar pérdidas funestas, muchas veces la virtud de que los hombres mas se glorian, la probidad, está expuesta á pruebas delicadas y penosas, y desgraciados entónces aquellos en quienes no esté defendida por barreras mas fuertes que el temor del juicio de los hombres, ó de alguna consideracion semejante. Creedme, y la experiencia os lo enseñará: es mas difícil de lo que se piensa ser constantemente hombre de bien cuando la probidad no está apoyada en la religion; y con razon ha dicho Montesquieu aquellas palabras tantas veces citadas y muy verdaderas, sobre todo cuando se aplican á la masa de la especie humana. „Que una religion, aun siendo falsa, „es todavía la garantía mas segura de la virtud „de los hombres.”

Veamos ahora lo que pueden influir, para

hacer á los hombres buenos y felices la cultura del entendimiento, y lo que se llama las luces y la civilizacion.

Mucho se han ponderado en nuestros dias estas ventajas. No trataremos ciertamente de poner en duda los progresos de las ciencias naturales, ni de echar de ménos los usos y la ignorancia de los tiempos bárbaros; pero guardémonos de sutilezas mas funestas aun que la barbarie, y no nos entreguemos á un entusiasmo tan peligroso como infundado. No temamos decirlo aun en esta asamblea tan distinguida por la instruccion de los que la componen. ¡Desgraciada la nación que anteponga la ciencia á la virtud, los conocimientos á las costumbres, y las artes á los deberes; y que cuidadosa de formar la juventud, se esmere solo en su instruccion y descuide la educacion; que solo considere en ella la religion y la moral como una leccion en el arte de bosquejar un pais, y crea haber llegado á la cumbre de la sabiduría porque vea multiplicarse por todas partes gramáticos, retóricos y artistas! Hasta los paganos mismos tenían ideas mucho mas sublimes de la verdadera sabiduría: Ciceron la define, segun los antiguos filósofos, la ciencia de las cosas divinas y de las humanas; y Marco Aurelio daba gracias

al cielo por haberle dado para maestros hombres que le habian enseñado á arreglar sus costumbres, y á practicar la virtud. Tampoco separaba la sabiduría de la religion ese siglo á que ha dado su nombre uno de nuestros mas grandes reyes, el mas bello de los siglos modernos, y acaso de cuantos pueda gloriarse el entendimiento humano. No olvidemos que las luces no son la virtud, ni pensemos que las buenas costumbres son inseparables de la civilizacion. ¿Qué es lo que se llama costumbres de una nacion? No consisten en la urbanidad de los modales que puede muy bien asociarse con el egoismo y la bajeza; tampoco en una gran variedad de conocimientos que no excluyen la molicie y la frivolidad: las costumbres pueden hallarse en las cabañas donde todo es ignorancia y rusticidad, y faltar en las ciudades donde todo ofrece un aspecto culto y risueño. Cuando la antigua Roma buscaba sus dictadores en los campos, era grosera, pero morigerada; mas adelante fué culta, y sus costumbres desaparecieron. La vigilancia, señores, en los padres, la piedad filial en los hijos, la justicia en los señores, la fidelidad en sus criados, la humanidad en los ricos, la integridad en los magistrados, y en todos la buena fe, el desinterés, la templan-

za, la obediencia á las leyes, el celo por el bien público, la afición al trabajo, el amor á la patria, y en fin, sentimientos nobles y generosos, esto es lo que yo llamo costumbres de una nación, y estas son virtudes domésticas y civiles que hacen prosperar así los estados como las familias, y que serán tanto mas comunes en un pueblo cuanto este sea mas profundamente religioso. En vano la Francia por el heroismo de sus guerreros, la extensión, riqueza y población de su territorio, por el número y magnificencia de sus ciudades, de sus puertos y canales, por el brillo de las ciencias y de las artes; en vano por la reunión de todas estas ventajas estaria llamada á ser la primera de las naciones cultas si por nuestras perniciosas doctrinas, por nuestro sacrílego abandono, y por las malas costumbres, que son su consecuencia inevitable, trabajásemos nosotros en arruinar los cimientos del edificio. Podemos decirlo abiertamente, y sin temor de engañarnos: si la industria nos puede dar la riqueza; y el valor y el ingenio atraernos la gloria, sola la religion puede regenerarnos dándonos virtudes.

Es por consiguiente la religion el verdadero fundamento de la moral, y aun añado, y esta proposición es como la consecuencia de la pri-

mera, que es tambien el fundamento de la sociedad.

¡Cuán ciegos han estado los reformadores del último siglo al querer fundar una sociedad sin religion, pues no advirtieron que tenian que luchar contra quanto es capaz de hacer impresion en los entendimientos, con la autoridad, la experiencia y la razon!

Hablaré primeramente de la autoridad. Cuando una doctrina ha sido enseñada por los mas bellos ingenios de todas las religiones, de todos los climas y de todos los siglos, me parece que se debe temer el contradecirla, y que debe entónces el hombre desconfiar de sus ideas particulares, y recelar tomar en ellas la ilusion por la realidad. Yo bien concibo, y debe en efecto suceder, que hechos recientes y fenómenos nuevamente observados introduzcan en las ciencias naturales nuevas luces, y destruyan opiniones acreditadas por grandes hombres; ¡pero qué temeridad el sublevarse, en lo respectivo al órden social, hecho para todos los hombres, objeto habitual de sus pensamientos, y necesario á su felicidad y su perfeccion, contra los hombres mas grandes que ha tenido el mundo, mas versados en la política, y más hábiles en el ar-

te de civilizar y gobernar los pueblos! ¿En dónde se encuentran legisladores que hayan pensado fundar una sociedad sin religion? ¿Fué este el pensamiento de Solon en Atenas, de Licurgo en Lacedemonia, de Zaleuco entre los Locrios, y de Numa en la antigua Roma? Nadie ignora que particularmente Numa empezó haciendo á Roma la ciudad sagrada para que fuese despues la ciudad eterna. ¿Se encuentran acaso filósofos profundamente versados en el conocimiento de los hombres, ya por la fuerza de su ingenio, ya por la costumbre de manejar los negocios públicos, que hayan escrito jamas que debe despreciarse la religion como perjudicial ó como inútil? ¿Se lee alguna cosa semejante en los libros de Platon, de Ciceron y Marco Aurelio? ¿Y cuál ha sido el modo de pensar en esta materia de algunos escritores del último siglo que han brillado entre nosotros de un modo extraordinario por su talento? Montesquieu en el *Espíritu de las leyes* rinde el mas solemne homenaje á la dichosa influencia del cristianismo, y en la obra mas profundamente meditada que ha salido de su pluma, observa que el epicureismo que se introdujo en la república romana preparó su decadencia. ¿Y qué quería Juan Santiago en aquel escrito en que se ex-

presa como apóstol fogoso de la libertad mas ilimitada (1)? Quería que se estableciese una formula de fe civil, por la que todo ciudadano jurase profesar el dogma de la existencia de Dios, de la providencia y de la vida futura: que el que rehusase suscribir á este juramento fuese desterrado como insociable, y castigado hasta con la muerte el que despues de haberle prestado fuese infiel á él. Ciertamente que si estas palabras hubiesen salido de una pluma eclesiástica, se hubiera gritado, *fanatismo! intolerancia!* pero era el ciudadano de Ginebra, y solo se vió en esto un arrebató de su sublime misantropía.

A la autoridad se reúne la experiencia. El hombre ha nacido con inclinaciones, con necesidades y facultades que le llaman á la vida social; así es que por mas alto que subamos en la antigüedad, encontramos sociedades ó empezadas, ó adelantadas, ó ya enteramente formadas. ¿Y será posible que todos los pueblos hayan ignorado los primeros elementos de la sociabilidad, y que todos hayan convenido en creer necesario lo que ni aun era útil? Es tambien de grandísimo peso en esta materia la ex-

(1) El Contrato social.